

**Cuadernos
para
el
Tren**

Noviembre 24



SUMARIO

Textos

Presentación (pag. 6)

Aquiles y la "Tortuga" (Carlos M. Lorenzo)(pag. 9)

Viernes de brujas (Mabel Georgel) (pag. 18)

La silla (JARomán) (pag. 37)

Los pliegues de la memoria (M.J.Triguero)(pag. 41)

Me ha dado por pensar 4 (M.J. Herrero) (pag. 48)

Relatos insólitos sobre personajes del ayer
(Eduardo Ruiz) (pag. 70)

Imágenes

Pedro Gálvez (pag. 8, 17, 36, 64, 83)

Ignacio López (pag. 12, 25, 54, 59, 78, 81, 82)

JARomán (1, 5, 16, 22, 30, 35, 40, 43, 47, 51,
56, 61, 66, 69, 72, 75)





Presentación

"Cuadernos para el Tren" dedica este número a la prosa, ya sea en forma de ficción, de relato de vivencias o de pensamiento y al arte visual.

Hay algunos textos escritos por miembros del Taller Horizontal de Narrativa "En busca del tiempo vivido", Mabel Georgel, María Jesús Triguero o JARomán. Como en anteriores números M.J. Herrero vuelve a reflexionar en sus "Me ha dado por pensar". Carlos M. Lorenzo nos trae un original relato y Eduardo Ruiz nos narra sobre personajes del ayer.

Pedro Gálvez nos trae una muestra originales dibujos digitales. Ignacio López nos ilustra, una vez más, sus magníficas

fotografías y JARomán nos trae imágenes de su exposición “Paisajes del Alma”, celebrada en noviembre de 2023 en el Centro Cultural Manuel Entero de Colmenarejo.

Esperamos que disfrutéis leyendo y viendo tanto como nosotros haciendo la revista.



Aquiles y «La Tortuga»

A Nicolás no le gustaba ver a «La Tortuga» deambulando cerca de su valla. El anciano no le caía bien, tenía la impresión de que ralentizaba el paso, si eso fuese posible, cuando se acercaba. El «clack, clack» metálico de su andador repiqueteaba sobre la acera, como el carro averiado de un buhonero, de los que Mamá dice que se llevan a los niños. «La Tortuga» debía de tener un millón de años. Cuando llegaba a la verja, estiraba hasta lo imposible el cuello delgado, del que colgaba el pellejo como un saco vacío. Oteaba por encima, con los ojillos vidriosos y mates y la nariz ganchuda como el pico de un guacamayo. Lo buscaba a él, por eso Nico se ocultaba.

No sabía por qué le tenía tanto miedo. «La Tortuga» sonreía siempre, daba las gracias

y recordaba los nombres de todo el mundo. Los demás le pasaban la mano por la espalda y le propinaban golpecitos afectuosos mientras charlaban. Él abría una boca enorme, que dejaba al aire las encías desnudas, y agitaba lentamente la cabeza, como si fuese a decir una verdad lapidaria. Entonces, los últimos dos mechones de cabello que resistían en su testa calva, se agitaban ocultos tras las orejas. Nicolás estaba seguro de que habían sobrevivido porque encontraron un buen escondite. «Ojalá tuviese dos orejas de elefante, para ocultarme tras ellas».

El jardín era pequeño, sólo había sitio para un macizo de adelfas y un manzano que agonizaba con triste estoicismo. Apenas servían para convertirlo en una silueta borrosa.

Aquiles odiaba profundamente a «La Tortuga» y todo el mundo lo detestaba a él. Nicolás tenía cariño a aquel perro negro, mal encarado, que gruñía a cualquiera que se atreviese a pasar ante su puerta. Estaba

en la otra esquina de la calle, pero sus ladridos de hoja de lata llegaban hasta allí.

Nico era un niño débil, delgaducho y pálido, en una casa estrecha, decrepita y frágil. Estaba mucho tiempo solo, porque Mamá iba a trabajar al centro, a la casa de una familia importante que le pagaba poco y la trataba mal. No sabía por qué adoraba a Aquiles. O sí, pero tal vez no lo recordaba, o no quería recordarlo. La imagen de «La Tortuga», tratando de entrar en el jardín y de Aquiles, hecho una furia al pie del árbol, ladrando y enseñando los dientes, plantado entre el viejo y él con la tozuda lealtad de un amigo que no te abandona. Quizás sólo fue un sueño, o quizás no.

La calle estaba vacía. El viejo empezó a trastear en la cerradura. El niño sintió un pánico feroz. La puerta estaba a punto de ceder. Nico se arrebujó tras las adelfas, enhiestas como lanzas inútiles. El chirrido tétrico de los goznes anunció que el paso quedaba franco. Entonces, al otro lado de la calle, sonó un golpe seco y retumbó el



estruendoso ladrido metálico del viejo perro. Había saltado la valla en un esfuerzo heroico, impropio de un can moribundo. Porque ellos envejecen mucho más rápido que los humanos y su decadencia casi había alcanzado a la de su enemigo.

«La Tortuga» huyó con toda la velocidad que le permitían sus retorcidos miembros. Si lograba llegar a la esquina y cruzar, podría volver a intentarlo otro día. Había recorrido la mitad del camino y se volvió. Su negra némesis se encontraba ya a la altura de la casa de Nicolás. Trató de acelerar el paso, pero los años, convertidos en bolas de presidiario, se le agarraban a los tobillos haciéndole arrastrar los pies. Retorció el cuello, como una víbora, para valorar de nuevo sus posibilidades, apenas quedaba un cuarto de acera por recorrer y el chucho había dejado atrás la mitad de la distancia que los separaba. El animal envejecía más rápido que él y su lentitud crecía. «La Tortuga» se giraba con más frecuencia, porque los dientes asesinos casi

rozaban a su presa. Entonces notó un dolor en el pecho y se apagó para siempre.

El forense era un tipo desagradable. Flaco, vestido de negro. No parecía humano, sino un insensible reflejo de la muerte. Los dos policías lo contemplaron con respetuosa superstición.

—El chucho ha atacado al viejo, doctor Zenón —dijo el más grande, aunque el otro también era enorme. Señaló los cadáveres de «La Tortuga» y de Aquiles, que yacía casi rozando la pantorrilla de su enemigo.

El luctuoso galeno se movió de un lado a otro de la calle, como un espectro, midiendo aquí y allá, calculando velocidades y tiempos y, al fin, emitió su veredicto.

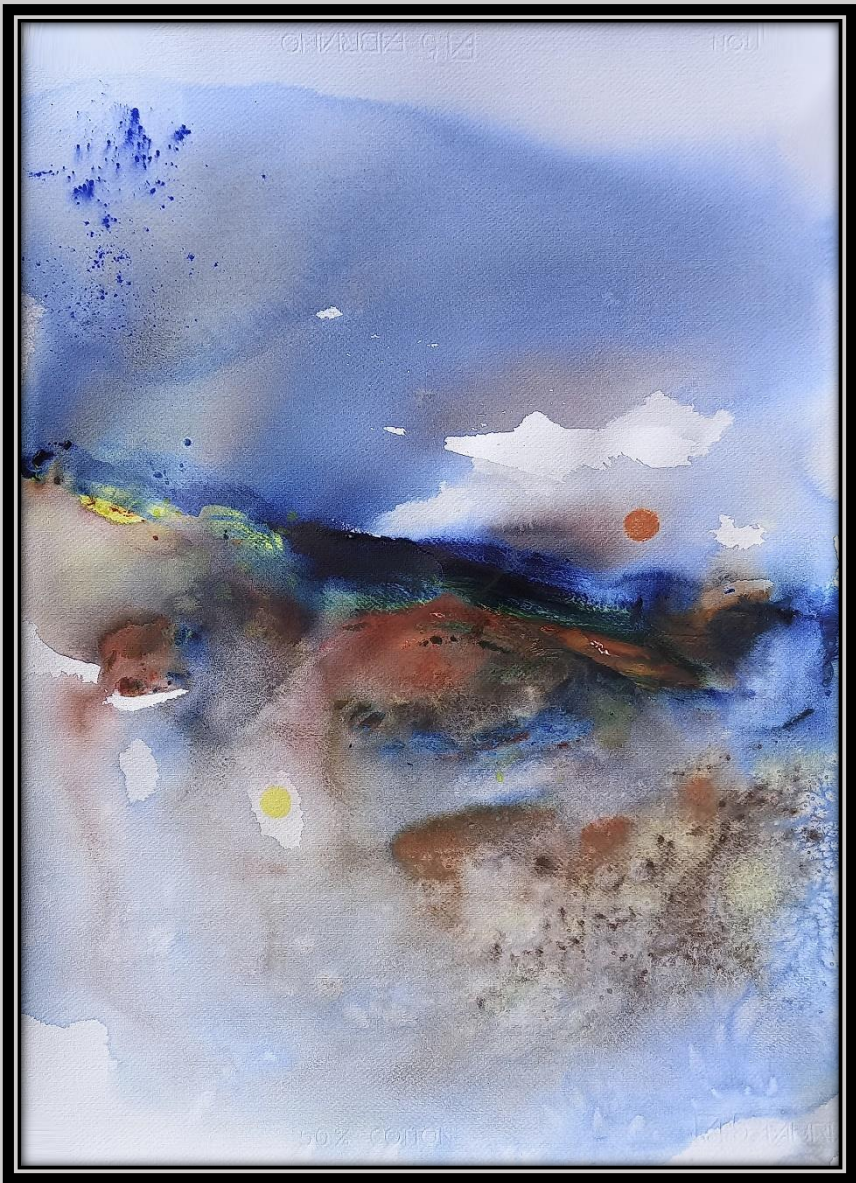
—No ha habido ataque, porque, cada vez que el cánido llegaba al lugar ocupado por el anciano, este se había movido y ya no estaba allí. El animal recorrió primero la mitad de la distancia que los separaba, luego la mitad de lo restante, después otra vez la mitad del espacio entre ellos y así

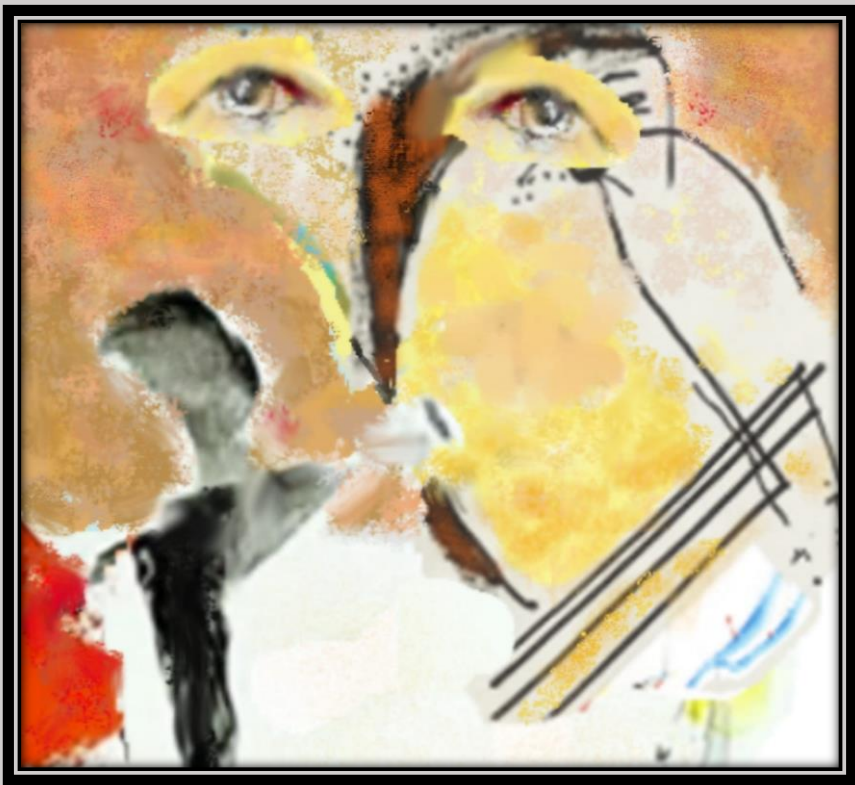
hasta el infinito. Por tanto, nunca lo habría alcanzado. No es más que una paradoja, una fútil apariencia de realidad. Ambos murieron de viejos.

Cuando el juez levantó el cadáver de «La Tortuga» y llegaron del ayuntamiento para hacerse cargo de Aquiles, el animal no apareció. Lo buscaron con negligente descuido unos hombres que vestían uniformes bastos, viejos y sucios.

A ninguno se le ocurrió mirar bajo el pequeño montículo que había en un jardincito en medio de la calle, al pie de un manzano moribundo que florecía de nuevo.

Carlos M. Lorenzo





Viernes de brujas

“Así que ha nacido en 1978, el 5 de agosto”, remarcó Raquel mientras miraba con detenimiento las palmas de mi prima Alicia a la vez que Alicia la miraba a ella por encima de las cejas con las mandíbulas y los labios apretados y el rostro tenso. Y, mientras la mujer con una mano sostenía las de mi prima, con la otra comenzaba a dibujar, sin apuros, símbolos y números en una hoja.

“O sea que usted, ahora, tiene veintinueve años. ¡Vaya vida movidita que lleva! La veo pasar el charco una y otra vez desde hace ya tiempo, hablando con mucha gente en otros idiomas, en lugares exóticos donde las personas no visten como nosotros. Digamos que su base de comandos está aquí, pero su barriada es todo el planeta. Para usted, irse a Mozambique es como ir al Carrizal”.

Dudo que aquella mujer conociera a mi prima de algún lado, sin embargo, la estaba pintando con bastante exactitud. De mi prima Alicia, toda la familia se había acostumbrado a esperar cualquier cosa. Por ejemplo, que llamara desde lo alto de la copa de una secuoya para compartir la emoción de ver un amanecer desde tan privilegiado lugar luego de escalar 115 metros de imponente tronco, siendo esta la ocurrencia más suavecita. En resumen, escuchar del otro lado del teléfono a Alicia diciendo "¿A qué no te imaginás dónde estoy?" obligaba a hacerlo sentada. No solo por su aspecto nórdico la llamábamos "Vikinga".

"Y aproveche, muchacha", continuó aquella mujer, "serán cinco o seis años más de vorágine porque se le acaba la fiesta. Va a conocer al hombre que le cambiará la vida de tal forma, que hasta creo que ni él mismo hubiera esperado tanto". ¿Cómo osa decirle eso así? me dije mientras

alcanzaba a percibir que Alicia tensaba su cuerpo, empinaba el mentón, delicadamente le retiraba la mano para hurgar en su bolso hasta dar con la billetera, pagarle y sin muchas vueltas comunicarle que no quería saber nada más y que nos esperaba, en la heladería de abajo. Pero Raquel, mujer de carácter, no se dio por vencida y cuando mi prima estaba a punto de abrir la puerta del departamento y desaparecer de la escena, concluyó la faena con un lapidario “el hombre, al lado de quien envejecerá, está escrito en su destino y usted ya lo conoce. Se reencontrarán y aprenderá a amarlo. Y de ese ya no podrá escapar”. Lo bordó. Alicia se fue dando un descomunal portazo.

La mujer estaría acostumbrada a reacciones de ese calado ya que nos miró y nos preguntó quién seguía, como si nada hubiera sucedido. Y seguía yo. Aún no había aposentado las nalgas en la silla cuando torpedeó en mi línea de flotación con un

rotundo “y deje de darle vueltas, que el contrato se firmará en unos quince o veinte días”. Me precipité sobre la silla y me quedé mirándola fijo. “Sí, muchacha, dentro de veinte días como máximo usted es dueña de su propia farmacia”. ¿Cómo lo sabía? ¡Dios! Y aquello ya me predispuso para dejarle leer mi alma o desentrañar mi futuro.

El ritual fue el mismo, pero con la diferencia de que yo adelantaba la vista sobre mis propias palmas para entender qué podía haber escrito allí de nuestras vidas.

Sin levantar la vista de mis manos y relajando su estilo seco y altanero de hablar, Raquel me afirmó que yo no tenía la culpa de la reciente muerte de mi madre. Había sido su hora. Entendía mi dolor, pero no mi sentimiento de culpa. ¿Tenía escrito, también, lo de mi madre? E, inmediatamente, sin solución de continuidad, levantó la vista y me miró con espanto. “¡Criatura! ¿Cómo es posible que



le gusten esos monstruos?” Sonrió y ella misma se respondió. “Porque usted es una de ellas. Silenciosa como ellas, expectante, paciente, entregada a tejer y tejer la tela esperando que la presa caiga. De la rubia siempre se espera el portazo, pero de usted...nunca se sabe en qué está pensando. Y eso sí hace peligrosa a una persona. Volviendo a sus amigas, las arañas, es que me aparecen porque entre arañas va a conocer usted al hombre de su vida.

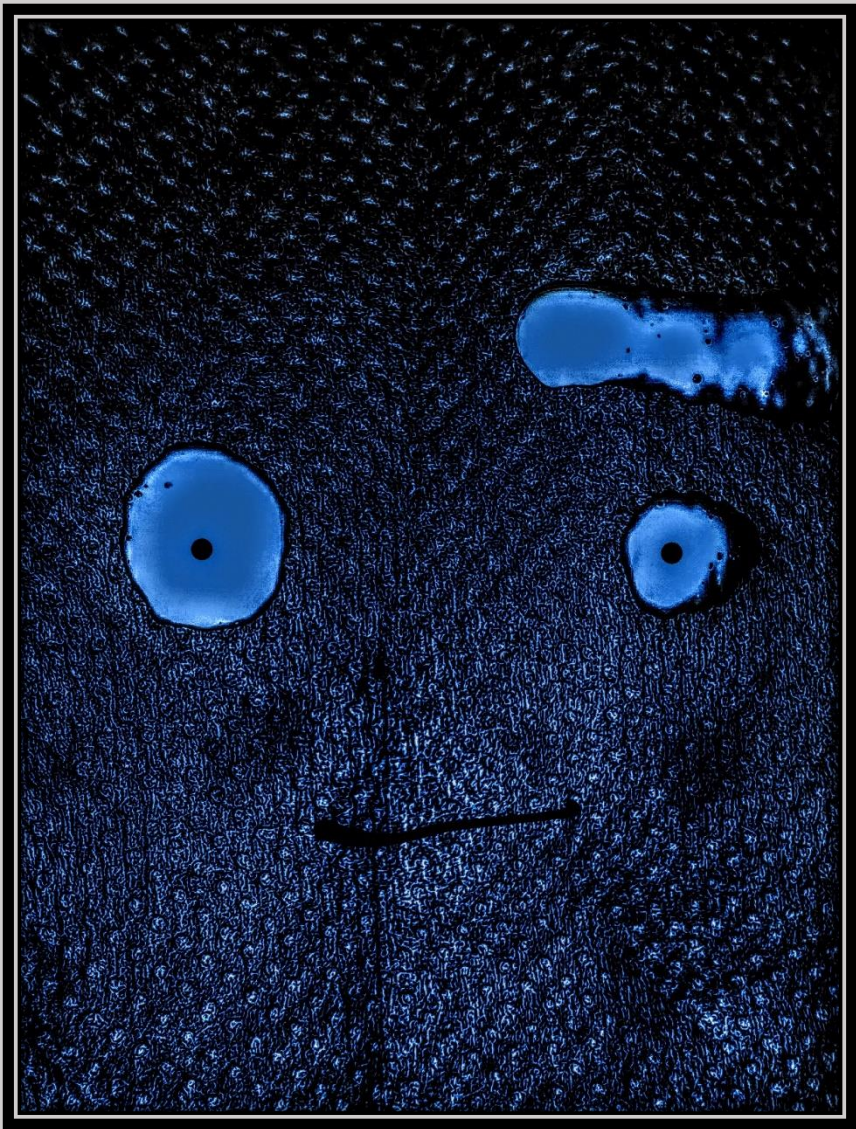
Hubo un silencio que me pareció infinito mientras Raquel escribía en su hoja números y signos. A las dos que me acompañaban ya no las escuchaba ni respirar al punto de girarme para ver si seguían ahí. Y ahí estaban, ojipláticas.

“A la rubia le van a derribar el avión de un hondazo, en cambio usted será quien derribe a ese hombre”. Movía levemente la cabeza como reafirmando sus propias visiones. “A ese hombre, entre tanta araña

suelta, lo va a percibir, lo va a reconocer. Es un poco mayor que usted, buen porte, pero, siempre hay un “pero”, este hombre tiene un compromiso muy serio. Sin embargo, dejará todo por usted. No le quepa la menor duda.” Y aquello no me gustó. Que mi felicidad dependiera del dolor de otra mujer me había devastado. En realidad, ese futuro me deprimió.

A Gloria le dijo que terminaba su carrera en diciembre y que ni pensara en conocer otro hombre, porque se casaba con ese novio con el que vivía peleando y abuenándose. Que la única posibilidad de conocer otro se le daría de mayor, una vez viuda.

A Fernanda le describió todo el problema familiar ocasionado por las deudas adquiridas por uno de sus tíos y que afectarían a la sociedad familiar, con el agravante de que el hombre no superaría el cáncer y la situación se pondría francamente difícil. Sin embargo, un abogado de la zona, de poco renombre,



alto, rubión, muy “gringo”, lograría salvar mucho de los bienes y sería con quien terminaría casándose y formando una numerosa familia.

Durante la noche de ese viernes de brujas, saboreando una exquisita pizza, Gloria comentaba que le había contado a su novio los presagios, bromeando ambos sobre su futura viudez. Fernanda, entre porción y porción, nos confesaba que estaba decepcionada con Raquel. Que le había pifiado bastante con el tema de la deuda y que a ella los “gringos” le parecían insulsos. Le gustaban los “turcos”. Yo, intentando convencerme a mí misma, denosté un poco la habilidad de Raquel para ver el futuro y Alicia aseguró que ella amaba su soltería. Sin embargo, a mí me seguía zapateando lo de la farmacia y lo de mi madre.

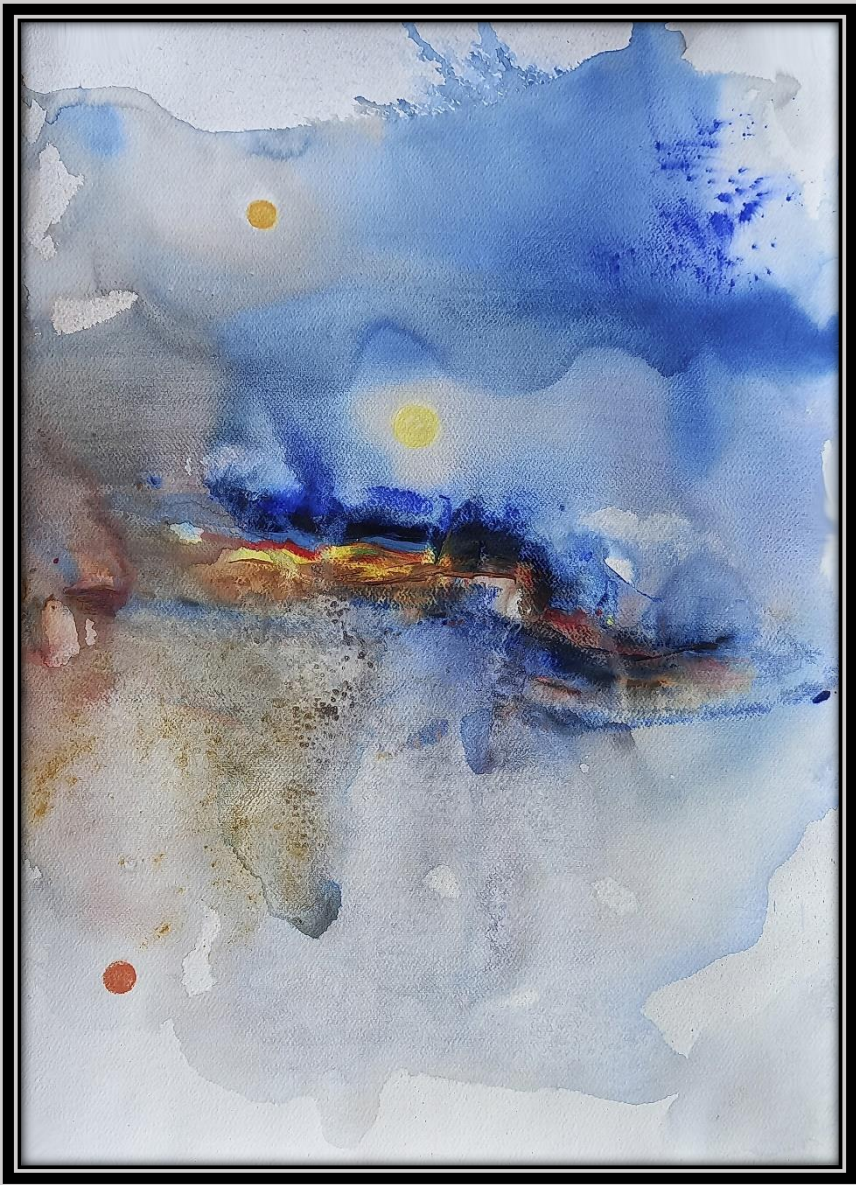
Al mes de la sesión de brujas, comencé a regentar mi propia farmacia enredada en un mar de sensaciones encontradas. Si lo de la farmacia se había dado tal cual lo vaticinado

¿entonces lo otro sucedería, también? Y decidí llevar mi oposición al destino hasta las últimas consecuencias: me rodeé de arañas como nunca en mi vida, cosa de confundirlo. Me inscribí en la carrera de Biología, en la privada para llevarla a mi ritmo, un poco extrañando el ambiente universitario y otro poco para que, con tanto tiempo ocupado, terminara la semana agotada sin ganas de salir por ahí con el riesgo de conocer a alguien, encima comprometido. Al menos hasta que perdieran efecto las predicciones. Y, además, acepté la propuesta de la rectora de ser ayudante de laboratorio algunas tardes.

Recuerdo que ya llevaba unos dos meses en el cargo, cuando una tarde pasaba yo cerca del aula de Zoología y me espantaron los gritos que partían de allí a la vez que escuchaba caer mesas y sillas. Inmediatamente abrí la puerta y vi al alumnado junto con María Inés, la

profesora, apelonado al fondo del aula y algunos alumnos subidos en sillas y mesas con el rostro desencajado. Curiosamente, más varones que mujeres. Todos me gritaban a la vez que ahí estaban, que se habían escapado de la jaulita, que eran tres, que eran inmensas y horripilantes, que cómo iban a hacer para pillarlas. Al final entendí qué pasaba. “¿Por tres pobres arañas tanto escándalo?”. Y se hizo el silencio con algún que otro comentario sobre que, de pobres, nada. Que eran monstruosas. A una la divisé desde lejos medio apoyada entre el suelo y la pared. He de reconocer que la Tarántula *chilensis*, negra y patuda no es de los arácnidos más agraciado, pero es un animal tímido, nada agresivo ni venenoso, aunque, para los detractores, mata con la pinta. Me hiqué frente a ella y le extendí la mano. Los gritos de horror, las suplicas para que no la agarrara, el llanto de algunos y el posible desmayo de otros me sacaron de mis casillas. Los hice callar con todas mis

fuerzas y tras mis gritos sentí abrirse la puerta y una voz masculina preguntó sorprendida qué estaba pasando. Me sonó español. Inmediatamente se dirigió a mí al alcanzar a verme entre las mesas como penitente frente a la pared “¿Qué hace ahí, señorita?” No le respondí porque no sabía qué decirle y porque me extrañó que su voz me resultara familiar. Cuando la araña ya se acunaba en mi mano, le acaricié el lomo para que se serenara mientras escuchaba que María Inés le explicaba “al nuevo rector” lo sucedido. Entonces comencé a levantarme y ya de pie, me encontré frente a él. La composición de la escena era inquietante. Yo, pelirroja, con la fama de bruja que tenemos las pelirrojas, acariciando una araña y mirándolo fijo a los ojos sin saber qué decir. Él que me miraba horrorizado, un par de imbéciles desmayados y unos cuantos gritando como locos. Algo me preguntó sobre qué haría con la araña y no recuerdo que le respondí, pero las tres terminaron en su jaulita.



Vestía traje y camisa negros...pero llevaba alzacuello. Era un sacerdote, alguien comprometido...

En el año 2021, cuando Alonso y yo viajamos a Italia a la sorpresiva boda de Alicia con un enigmático italiano, el viernes de brujas del 2007 se sacudió el polvo frente a una inocente fotografía, la que sacaría a la luz que Gianni y Alicia se conocían desde el verano de 1989, año en que Alicia y yo, con once cada una, acompañamos a nuestros abuelos franceses en un viaje por Europa. Se habían tenido uno frente al otro y, sin poderlo explicar aún, Alicia había sentido el impulso de plantarle un flor de beso en la mejilla a aquel chico delgadito y de bonitos ojos verdes que había salido de la casa frente a la cual, *pepè* Bertrand, nos había tomado la fotografía. La misma casa donde hoy habita con él ya convertido en todo un hombre.

Pero ¿era ese el hombre que le cambiaría la vida a mi prima para siempre de una forma

inimaginable? Caminando por el Lungolaro, en una sola sesión de confesiones, con pocas y precisas palabras, Alicia me hizo saber que el padre Maurizio había sido viudo y papá de un niño fallecido junto con su madre en una avalancha; que había llegado al sacerdocio escapando de su dolor y procurando reinventarse para poder seguir viviendo y que, sin buscarlo ninguno de los dos, había nacido un profundo sentimiento mantenido en el más hermético secreto hasta que, en Milán, ella supiera de su embarazo a dos meses de la muerte de él. Me sentí sobrepasada por los hechos, pudiendo solo pensar en ese momento que nos habíamos convertido en el terror del Vaticano, pero sin martirizarnos jamás con culpa alguna. Que quede claro. Y como guinda del pastel, enterarme de que la boda no era más que el trámite para que Gianni pudiera adoptar al niño. ¿Entonces, de amor, nada? Poco les importaba rotular sentimientos, me dijo Alicia, ya que ambos tenían bastante claro que querían envejecer

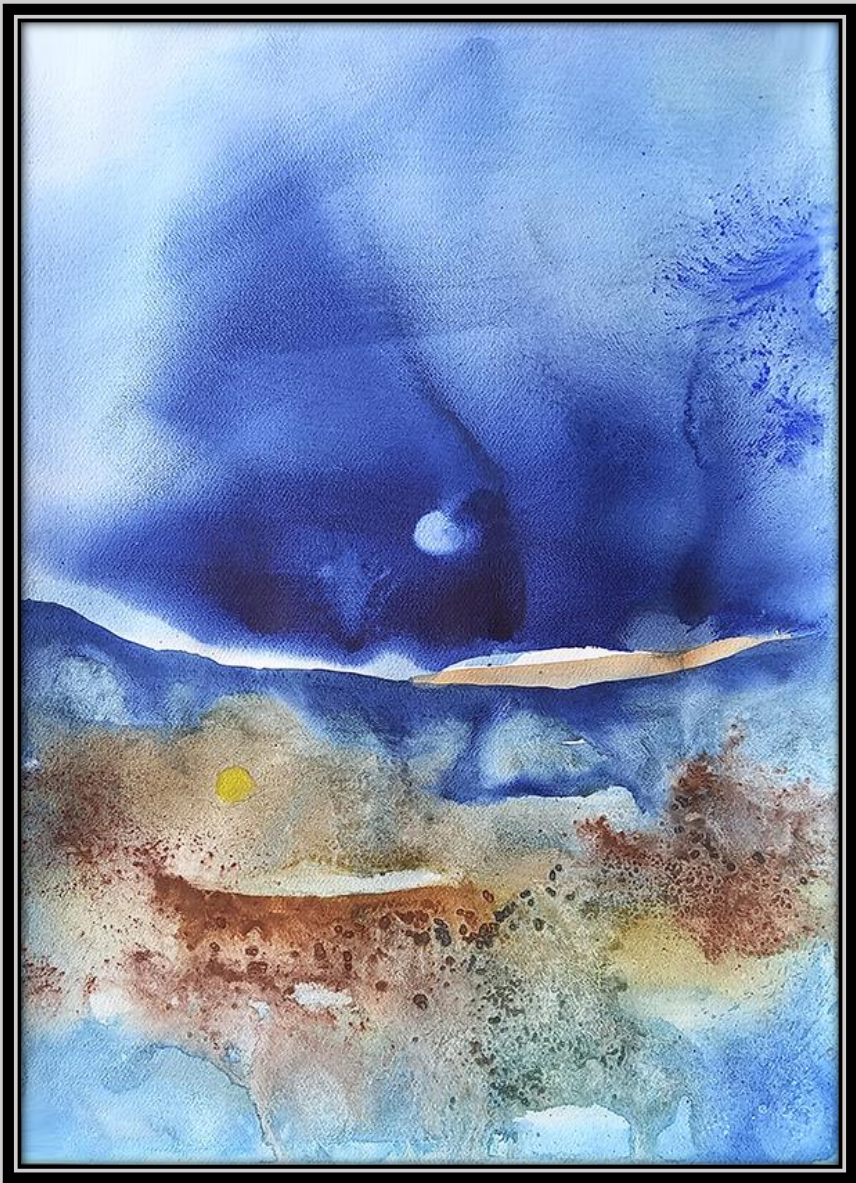
junto. ¿Y eso no es amor? Tal vez se supieron destinados el uno para el otro desde aquel verano de 1989, siendo apenas niños. Dios los cría y el viento los amontona, pensé yo: eran tal para cual, y hoy en día los considero la pareja más feliz y enamorada de la Tierra, pero ellos parecen no darse cuenta de lo mucho que se aman.

En el verano de 2023, cuando Alicia volvió a pisar Mendoza después de cinco años, las cuatro aguerridas de aquel viernes de brujas quisimos encontrarnos con Raquel, pero ya había fallecido. En su memoria, pasamos la tarde elucubrando sobre el destino, mientras Fernanda nos mostraba las fotos de sus cuatro hijos, muy “gringos” todos y Gloria nos contaba entusiasmada, cómo había conocido a su nuevo amor.

Soy atea, soy pragmática, soy incrédula y busco en los laboratorios la respuesta de todo. Pero esto se me escapa. ¿Tendremos el destino escrito? Y, a pesar de que los

hechos parecen querer decirme que sí, yo me resisto a creerlo.

Mabel Georgel





La silla

Pedro tomó una silla y se sentó delante de la pared de los retratos, en el salón. Extendió su mirada con satisfacción por toda ella. Allí estaban sus padres, con su típica foto de boda, él sentado y ella de pie, él con un traje claro y ella con un vestido negro con encajes y una diadema también negra. También la de su hija Juana y su yerno Andrés, que sonrientes le miraban con cierta picardía. Era una foto de su viaje a Nepal, viaje con el que habían intentado dar envidia a cuantos se lo contaban. Después se recreó en las de sus nietos, unas posando guapísimos y sonrientes, en otras con poses inverosímiles, haciendo tonterías y otras realizando deporte.

Unas lágrimas de felicidad cayeron lentamente por sus mejillas. Las dejó correr hasta que reparó en un marco que no tenía

foto. Se inquietó al mismo tiempo que se limpió las lágrimas bruscamente con la mano. ¿Por qué aquel marco carecía de foto? Estuvo algunos segundos perplejo hasta que cayó en la cuenta de que él estaba muerto y volvió de inmediato a su marco.

Días después Juana, desde el sofá, estaba contemplando la misma pared de los retratos. Al entrar Andrés, le faltó tiempo para decirle:

- ¿Sabes que he soñado que mi padre estaba una noche sentado en una silla delante de la pared, mirando las fotos?
- Bueno, eso no es tan raro, replicó él, yo también, algunas veces, he tenido sueños en los que personas que habían fallecido, incluso, hablaban conmigo.
- Sí ya, ya sé, dijo ella, pero es que hace unos días, al levantarme, encontré una silla frente a la pared y sabes que yo

siempre, al acostarnos, dejo ordenado
el salón.

JARomán



Los pliegues de la memoria

Siempre solemos decir que la memoria es selectiva. Tendemos a arrinconar en lo más profundo de nuestra mente aquello que nos hiere o nos causa disgusto o malestar. Pero los sentidos también recuerdan y cualquier leve vislumbre, un perfume, o un olor característico, una canción, un paisaje, un tono de voz... consiguen reavivar momentos olvidados que pudieron llegar a ser claves en nuestra vida. Sucedió una tarde invernal, fría y desapacible, al contrario de lo que fuera la primera ocasión que me inspiró tan fuerte sentimiento. Yo regresaba a casa tras unas compras navideñas. El ambiente era alegre y festivo. Los niños y jóvenes reían y alborotaban por doquier, cantando y hablando a voz en grito. En el autobús, atestado de gente, se mezclaban voces, ruidos y olores de la más

variada índole. De pronto, un perfume de hombre, elegante, sutil, fresco, con una gran presencia, como una nota musical aguda y penetrante, como una cadencia suave y meliflua, como el repentino golpe de brisa que hace moverse los juncos de un arroyo cantarín, se abrió paso entre todos los demás efluvios evanescentes que inundaban el ambiente cargado de la tarde, invadiendo mi conciencia y penetrando en mis sentidos, para despertar vivencias dormidas, desde hacía más años de los que podía recordar. Un río de lágrimas brotó de golpe de mis ojos y un sudor frío cubrió primero mi frente y después se deslizó por mi rostro.

El entorno se transformó en una vorágine que me engullía arrastrándome muy atrás en el tiempo, hasta aquella lejana época de mi niñez. Quizás tendría siete u ocho años. En el colegio nos preparaban para recibir la primera comunión. Cada sábado, debíamos



acudir a la parroquia a recibir las enseñanzas de la catequesis. Cuánta emoción, cuánto interés poníamos en aprender cada lección, con cuánta inocencia y humildad nos tragábamos a pies juntillas cada misterio, cada concepto, cada sentencia, sin osar lo más mínimo cuestionarnos ninguna afirmación, ni tan siquiera reflexionar sobre su lógica o veracidad. Debíamos aplicarnos y aprender todo el catecismo para poder recibir el precioso sacramento, y debíamos considerarnos afortunadas de formar parte del seno de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Por fin, un caluroso sábado de mayo, llegó el día del examen, que debía llevar a cabo el cura párroco, dada su autoridad y sabiduría.

Aquel calor a las cuatro de la tarde era antinatural a mediados de mayo. Las niñas que comulgaríamos el sábado siguiente esperábamos nerviosas en una exigua

habitación en la sacristía de la parroquia. Debíamos pasar de una en una, para superar la prueba de conocimientos sobre nuestra fe católica, ante don Matías, el cura, el hombre cuya mano solíamos correr a besar en señal de respeto, esa mano suave, cálida, delicada, casi paternal, mano que olía a lavanda inglesa de *Atkinsons*, distinguida fragancia que yo no identifiqué hasta mucho tiempo después.

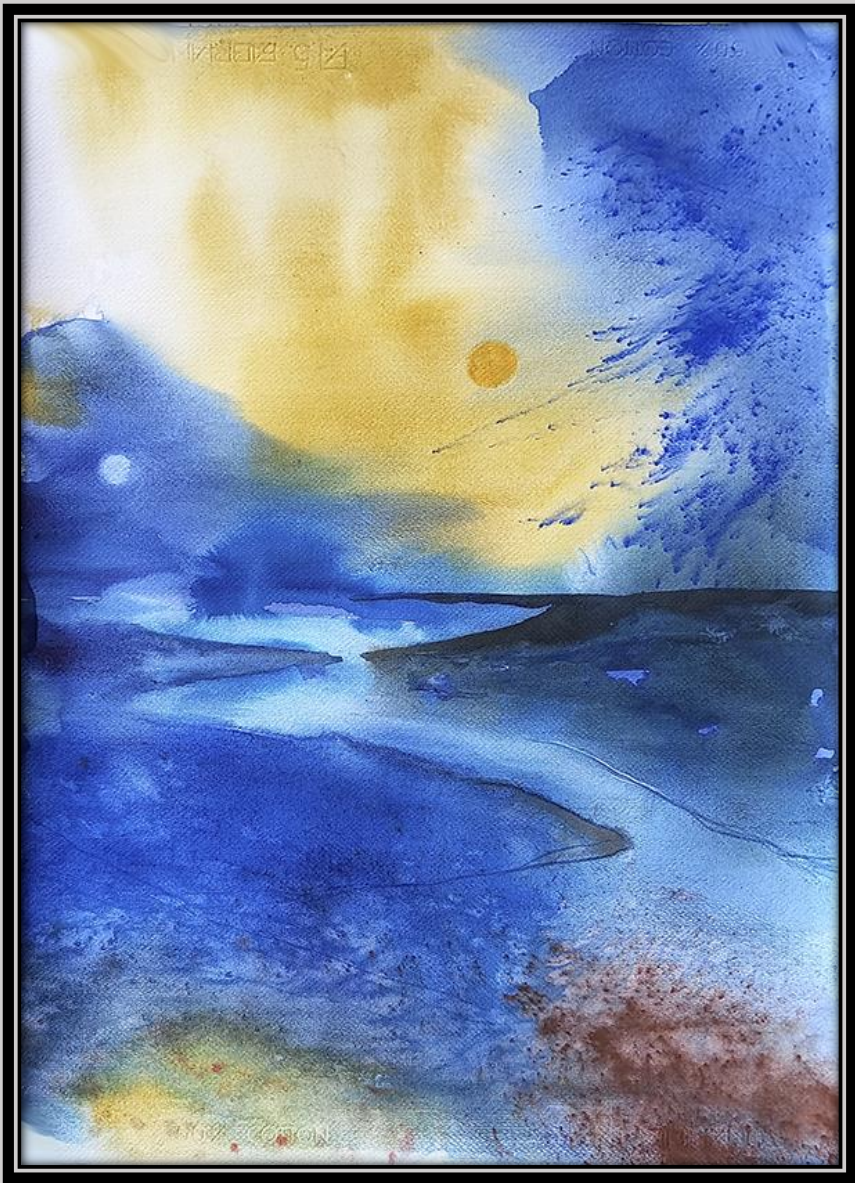
Tras besarle la mano, don Matías pasó a indicarme que me sentara en una silla frente a él, y me susurró, con su voz aterciopelada, que estuviera tranquila, que todo sería fácil. El examen versó sobre las cuestiones de rigor que todas habíamos preparado a conciencia... y luego pasó a convertirse en algo como... digamos... un "acercamiento más personal", una exploración tortuosa, infame, sórdida, cruel, que primero no comprendí y luego me marcó cual hierro candente, grabándose sobre mi tierna piel infantil. ¡Oh Dios y

cómo dolía!, tanto que mi instinto de supervivencia decidió alguna vez, en la noche de los tiempos, relegar tan amarga experiencia a lo más recóndito del subconsciente. Ahora, ese olor a lavanda, salvia, almizcle y bergamota, esa fragancia que reconocía, como algo pecaminoso, amargo, brutal, me devolvía al abismo del terror.

_¿Se encuentra bien? _escucho voces inconexas. El autobús se ha detenido. Hay muchos rostros a mi alrededor que se clavan en mí con gesto preocupado. Todo se vuelve ahora menos borroso, se va definiendo el ambiente y voy, poco a poco, recobrando la conciencia..

_¡Vaya!, debí de desmayarme por el calor, pero ya me encuentro mucho mejor. Gracias, muchas gracias. Son ustedes muy amables. Creo que bajaré aquí, así me refrescará el aire de la calle.

M. J. Triguero



Me ha dado por pensar 4

Hace unos meses asistí a la representación de la obra *La colección* de Juan Mayorga en La Abadía. Es una obra que invita a recorrer multitud de hilos de pensamiento por los que transitar con más o menos hondura. Incluso, se puede aspirar a ser Ariadna siguiendo el entramado filosófico, teatralmente bien armado, intentando desentrañar qué es lo que el autor nos quiere comunicar, qué es lo que nos transmiten los actores y cómo lo interpretamos los espectadores.

Sobre lo que voy a reflexionar no desvela nada de lo que la obra encierra y nada que no pueda ser leído en el programa de mano, por lo que espero no reprimir el impulso a acudir a alguna de sus próximas funciones.

Una de las cuestiones centrales planteadas en el texto de Mayorga es la relación del ser humano con los objetos y es en eso en lo que me voy a detener.

Los objetos cotidianos de los que nos rodeamos pueden llegar a pasar casi inadvertidos porque forman parte de nuestro “estilo de vida”, tal como lo calificaba Pierre Bourdieu, ya que vienen determinados por nuestra clase social, género, edad, en definitiva, por nuestro estatus social y nuestra cultura, en esto no somos muy originales. Son los objetos que cuando descubrimos épocas pasadas o culturas diferentes nos sorprenden por su forma, por su disposición en el espacio o por sus utilidades. Se encuadran, aprovecho otro concepto del mismo sociólogo francés, en lo que denominó “*habitus*”, que son los esquemas que tenemos asimilados y que nos marcan la forma de pensar, obrar y sentir, es la incorporación de nuestra cultura, la cultura hecha cuerpo e

interiorizada consciente e
inconscientemente.

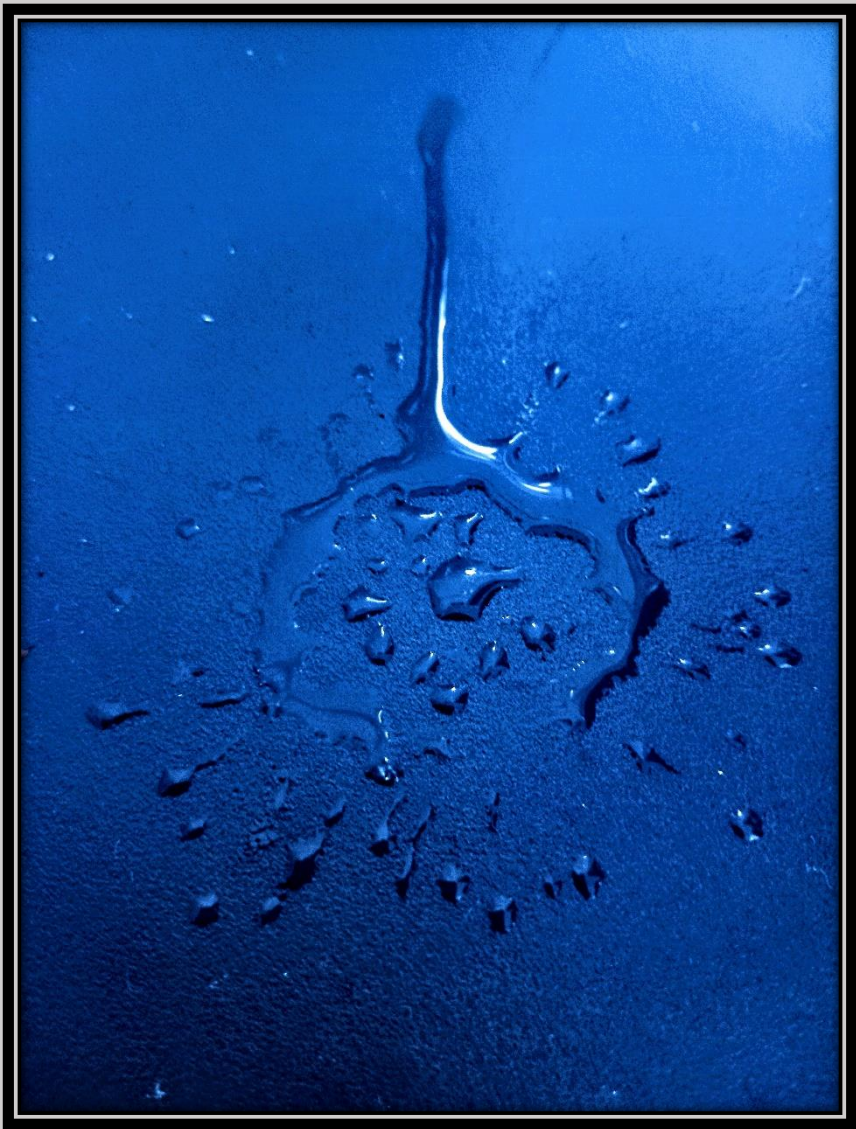
Con respecto a este “estilo de vida”, señalar, como nota pintoresca, el auge de un fenómeno surgido recientemente que se califica como moda “cutre”. Me refiero sobre todo a ropa y complementos que hasta ahora habían sido tachados de ordinarios y horteras, los cuales se identifican con las marcas de grandes superficies consideradas populares como puede ser Lidl, Pryca o Carrefour. Curiosamente han cobrado mucha relevancia, hasta el punto de que cuando estos comercios sacan una línea de productos de esta categoría, llegan a agotarse en poco tiempo por la gran demanda. Dichos productos, que inicialmente salen con precios muy asequibles, pueden llegar a multiplicarse en los portales de venta de objetos de segunda mano en internet, como Wallapop o Vinted. Pero lo importante aquí es señalar que, llevar ropa de este estilo, supuestamente,



es una declaración de rebeldía contra tu estatus social, contra tu clase social, una forma de marcar más tu individualismo. Sin embargo, los precios que pueden llegar a costar esos productos siguen indicando y posicionando en una determinada clase social que es a la que se pertenece. Así como, la supuesta distinción de rebeldía, queda enmarcada en el mismo contexto social al que se pertenece, y contra la que supuestamente uno se rebela. Cabría mencionar sobre este pequeño apunte, que las marcas, tanto las que están directamente implicadas en esta nueva moda, como las competidoras de más alto nivel, han aprovechado esta tendencia para aumentar mucho más su oferta, en cantidad y diversidad. El capitalismo no deja de engullir todo aquello en lo que puede encontrar beneficio económico, y esto sin duda lo tiene.

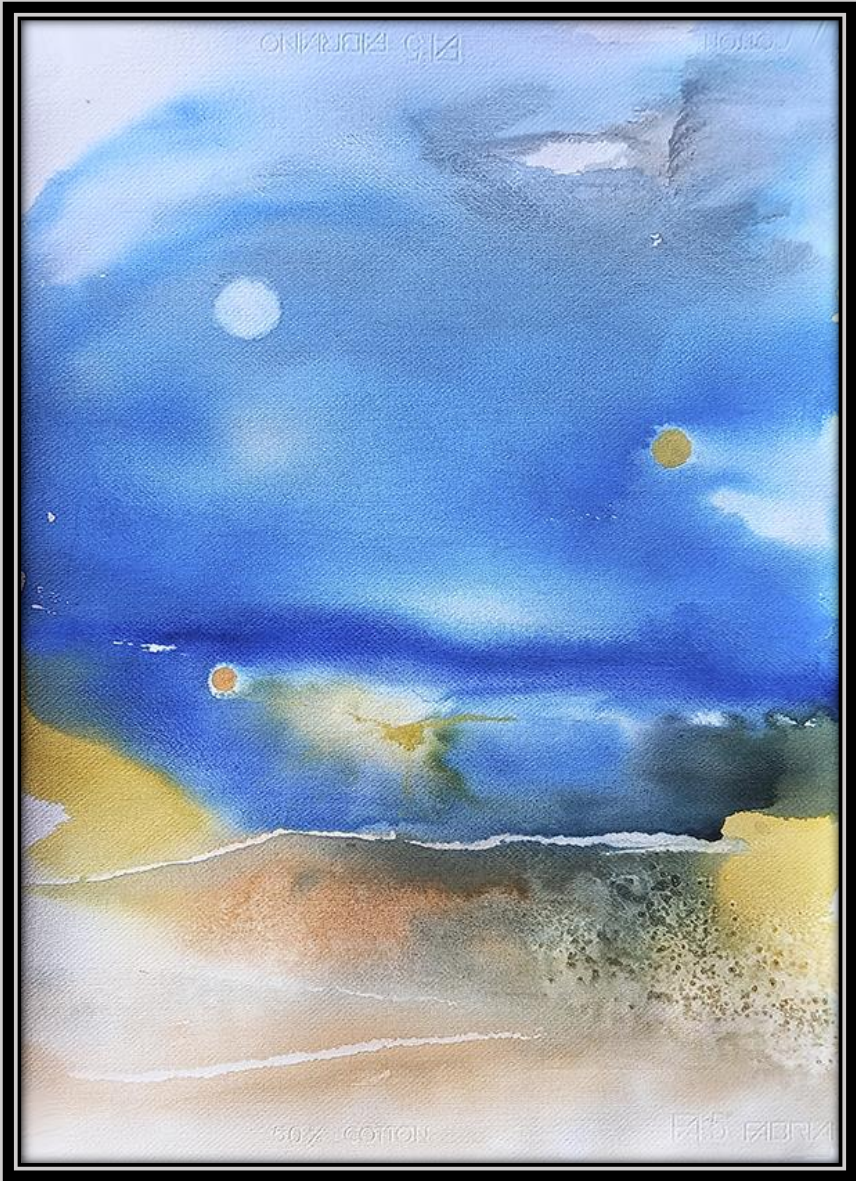
Dejando aparte este pequeño apunte y siguiendo con el desarrollo que venía

realizando con respecto a los objetos cotidianos, quería posicionarme un poco más allá y referirme a los objetos a los que sí prestamos más atención, que sí tienen para nosotros un sentido peculiar y dotamos de un valor especial en nuestra vida. ¿Qué relación guardan con la personalidad del propietario? ¿Qué significado tienen y qué significado reciben? En el caso de la obra estaríamos hablando de una colección completa, que intuimos está formada por obras de arte. En algún momento se da alguna pista del porqué tienen un significado especial en la vida de los personajes principales. Partiendo de la definición de “colección” según la RAE: es un conjunto de cosas de una misma clase reunidas por alguien por su especial interés o valor. Por lo tanto, el “especial interés o valor” viene dado subjetivamente por el coleccionista; así como, que unos objetos se asocien a otros, viene determinado por las relaciones que también él establezca de forma personal. Lo habitual es que las



colecciones sean una agrupación de objetos, cada uno de los cuales encierra circunstancias vividas de manera especial, bien por el momento en que son hallados, bien porque son el fin de una búsqueda ansiada, bien por su valor estético, por su originalidad, por su propietario anterior, etc. En definitiva, estaríamos hablando de una “colección” de objetos que refieren momentos especiales por una u otra razón para los propietarios.

La pareja protagonista de la obra de Mayorga, un matrimonio sin hijos y de edad avanzada, está buscando a quién legar esa “colección”. Por esa razón queda entendida esa minuciosa búsqueda, con la antelación suficiente para encontrar a la persona que sepa preservar esa herencia, que sepa apreciar el valor de esos objetos tan cuidadosamente cuidados. Esa es la justificación que da el texto para mostrar la valía en que son atesorados y estimados dichos objetos por los protagonistas.



Por circunstancias familiares, pero no directas, he entrado en contacto con una muy extensa colección de cintas de video VHS, procedente de una herencia. El valor económico de dichas cintas, actualmente, es mínimo, lo que hacía muy sorprendente y admirable, el mimo con el que estaban almacenadas y ordenadas. Denotaba el valor en que el propietario estimaba su gran colección. Ninguna de ellas correspondía a ningún gran éxito cinematográfico, prácticamente todas eran series completas de coleccionables, referentes a naturaleza, arte, geografía, historia, adquiridas con periódicos o dominicales. Sin embargo, todas ellas se encontraban debidamente colocadas en estanterías hechas a medida de su tamaño, que se deducía por el ajuste preciso de los estantes, incluso algunas en vitrinas de cristal, que las encerraban herméticamente y con llave.

Jean Baudrillard en *El sistema de los objetos*, se interroga sobre “cómo son vividos los objetos, a qué otras necesidades, aparte de las funcionales, dan satisfacción”. Para el filósofo y sociólogo francés, los objetos no son definidos por su función, o no simplemente por su función, sino que hay una relación con ellos de la que se extrae una conducta y una relación humana que desborda la simple funcionalidad.

En ese sentido se expresa también, Karl Marx, cuando explica en su obra *El Capital*, “el fetichismo de la mercancía”, un fenómeno por el cual los objetos que son producidos en una sociedad capitalista adquieren un poder mágico, que los independiza de las personas que los han creado.

Los bienes de consumo no son objetos neutrales, su deseabilidad depende de su valor simbólico, nos dirá el antropólogo Alfred Gell. Por lo que no estaríamos



hablando de simples objetos cotidianos que son indiferentes. El consumo sería una acción simbólica que tiene sentido dentro del contexto en el que se desarrolla. Gell lo demostrará en su ensayo *La vida social de las cosas*, cuando estudia el consumo de los muria, una categoría tribal *adivasi* de la India. Nos muestra como los objetos son deseables siempre que tengan un significado dentro del contexto social de la aldea. También hace mención en su libro del caso muy singular de los pescadores cingaleses, que toma de Stirratt. Estos pescadores, por una ventaja en el acceso natural al hielo consiguen una riqueza económica notable para la zona. Sus aldeas son remotas, sin infraestructuras eléctricas, ni saneamiento, ni agua corriente, ni carreteras; sin embargo, se compran televisores y cisternas, y se construyen garajes. ¿Se trataría de un acto de consumo irracional? ¿Qué significado puede tener la compra de objetos que son inservibles funcionalmente? En el caso del televisor



estaríamos hablando de un objeto geométricamente de amplias líneas rectas en colores oscuros y brillantes, con infinitud de pequeños elementos interiores escondidos y misteriosos, y un frontal con un cristal, opaco y brillante, que refleja de forma borrosa lo que acontece delante de él. ¿Qué pensar de *Fort he love of God*, la calavera de diamantes de Damien Hirst? ¿Qué pensar de los NFT (acrónimo de *token no fungible*) en arte virtual? ¿Qué pensar de *Fountain*, el urinario de Marcel Duchamp? ¿Se podría extrapolar el ejemplo del televisor a un NFT? Quizás se pueda pensar que en todos esos ejemplos se trata de intentar trascender el mundo de lo real.

En su estudio sobre la propiedad personal de los mongoles, todavía bajo el régimen comunista, la antropóloga Caroline Humphry, se interesó en concreto por cómo deshacerse de la “propiedad personal” de los difuntos en los rituales mortuorios. Los ancianos mongoles realizan los acuerdos

para su herencia en vida, pero de lo que trata Humphry en su ensayo es de los objetos materiales con los que la persona difunta había tenido un uso prolongado o intenso en su vida, o sea de los objetos de uso más cotidiano. En estos rituales lo que se desvela es el carácter del difunto, el mayor o menor aprecio hacia ciertas pertenencias. Los objetos se reparten por diferentes vías entre familiares, vecinos, conocidos o desconocidos, ya que de esta manera el dueño del objeto se desvincula del mundo y puede morir en paz. Sin embargo, hay una creencia en que el espíritu del difunto permanece vinculado a un "objeto refugio", muy personal, que nadie sabe cuál es, ni siquiera la persona moribunda. Ese objeto le impide abandonar el mundo, por lo que han de consultar a un astrólogo para identificar ese objeto y que salga del círculo familiar. Para los mongoles, los objetos personales guardan de alguna manera el espíritu de su dueño difunto.



Quizás este ejemplo de los mongoles pueda resultar algo lejano, pero en el caso de Walter Benjamin, en su obra *Desembalo mi biblioteca. El arte de coleccionar*, no nos resulta tan lejano cuando hace la siguiente afirmación:

Para el coleccionista, me refiero al verdadero, el coleccionista tal como debe ser, la posesión sea la relación más profunda que se pueda mantener con las cosas: no se trata, entonces, de que las cosas están vivas en él; es, al contrario, él mismo quien habita en ellas.

Benjamin habla de la “relación del coleccionista con sus riquezas”, que, en este fragmento de su libro, se trata concretamente de su biblioteca, donde tiene ejemplares de diversa procedencia, incluidos cuentos infantiles, que recibió de su madre; novelas de criadas; libros de enfermos mentales. A todos esos libros que componen su biblioteca no duda en



calificarlos como “riquezas”, aunque algunos de ellos simplemente tengan el valor sentimental que el autor les otorga.

Es bien conocido y explotado por la publicidad que al adquirir un producto no solo hay motivos funcionales sino también psicológicos. En psicología hablan de un “continuo” donde los motivos funcionales serían un extremo y los psicológicos otro, los productos poseen tanto unas propiedades como otras y en ese debate nos movemos y nos influyen. Quizás en el caso de las colecciones podamos hablar de una implicación mayor, de un elemento altamente emocional, donde quedamos reflejados nosotros mismos.

Todos de alguna manera y en algún aspecto somos coleccionistas. Esas colecciones delatan nuestras prioridades, nuestras preferencias, nuestros defectos y nuestras virtudes. Volviendo a Benjamin:

Recurrir a tal disposición o a otra cualquiera no es más que un dique de contención contra el raudal de recuerdos que afluye impetuoso sobre todo coleccionista que se ocupa de su tesoro. Toda pasión, sin duda, confina con el caos, y la pasión del coleccionista confina con el caos de los recuerdos.

Y todo este torrente desemboca en la siguiente pregunta: ¿qué colección atesoramos cada uno de nosotros?

M. J. Herrero



Relatos insólitos sobre personajes del ayer

1.- JOSÉ JESÚS MARICHALAR CEBEIROS: veinte meses antes de la crisis de 2008, José Jesús recibió un telegrama de Nueva York: "Venda todo". Cumplido el encargo de sus protectores, dilapidó su cuantiosa comisión en ridículas orgías en la Rambla de Barcelona y en un "guarique" ubicado cerca del Hyde Park, en Londres.

Pasada la época de la prosperidad previa a la crisis, José Jesús había comprado en el estraperlo un patinete para su hijo pequeño, mientras que para él había adquirido un par de guantes de piel de segunda mano con los cuales, y con la disculpa de estar borracho, le atizó rencorosos puñetazos al marido de la amante que tenía muy cerca de su casa. Se jactaba de ser infiel.

Dos años después de vivir de sus réditos, sus posibilidades de trabajo se vieron truncadas por la severa contracción

del mercado laboral. Ninguna oferta de trabajo asomaba en su horizonte. Su desesperación le causaba estragos. Y su vida gris la sentía cada día como una plasta hedionda, gelatinosa, insegura y desbordante.

“Qué indigna es la situación en la que vivo”, pensó varias veces este individuo. Sin posibilidades de cubrir sus gastos personales, se vio atosigado por una infección de origen tropical que contrajo su esposa, y por las deudas de su amante quien se había sometido a una operación de cirugía estética en la clínica más pija de la ciudad.

Marichalar Cebeiros, agobiado por su frustración existencial, desapareció de este planeta como el vertebrado más insignificante del reino animal. No existe información sobre sus restos mortales.



2.- ARISTARCO PUIRREDÓN DE PARGA: desde su juventud redactaba discursos con fervoroso espíritu católico. Poseía toda clase de complicaciones y todo él era pura metafísica. Sentía mucha inclinación por la comida picante, el trago corto, el bolero-mambo y la anatomía de las mujeres delgadas. Aparentaba ser educado y se sentía con ganas de aprender algún día a proferir piropos a mujeres sentimentalmente comprometidas, a las que pensaba regalarles tabletas de chocolate blanco, claveles rojos y píldoras de alcanfor (para evitar el acné y los dolores musculares). Cada noche era víctima de sus obsesiones amorosas; pero, a la vez, le dolía no tener capacidad para sacar a la luz sus afectos. Alguien que lo conocía a fondo lo catalogó como “una analfabeto emocional”.

Visitaba asiduamente el zoológico, en donde, lleno de complejo de superioridad, arrojaba cacahuetes y plátanos de seda a los animales menos miserables y agresivos que el ser humano.

Aristarco no vivía a gusto con el nombre histórico que le habían puesto sus progenitores. Era un personaje complicado para observar e interpretar la realidad. Trataba de ser neutral en casi todo y alguna vez pretendió vivir fuera del espacio y el tiempo. A uno de sus profesores del colegio le preguntó: ¿cuántos años faltan para que llegue el futuro? y ¿cómo comenzar un relato sobre la más vida?.

El día que murió, verdaderamente nació. Dos avisos de la funeraria y una esquela de defunción en el periódico conservador despejaron su triste anonimato y lo elevaron al escalafón de las personas que pasaron por este mundo. Nunca había asumido su falta de celebridad y, si algo lamentó un día antes de su muerte, fue no haber podido dejar organizado un cortejo fúnebre solemne, con discursos elocuentes, bendición sacerdotal y condecoraciones póstumas.



3.- CONSUELO RESTREPO DÍEZ AMBRONA: fue valiente y desafiante. Nunca aceptó ser una mujer sometida a nadie, mucho menos a un varón. Lamentaba no haber sido soprano ni haber rebatido el dogma de la infalibilidad del Papa. Consideraba que la vida estaba llena de vaivenes, por eso no le importaba ir de error en error. Algún tiempo tuvo relación con un novio acomplejado que se sentía ser más veloz que los caballos de carreras y más inteligente que las tortugas de mar. Felizmente, ella cortó a tiempo esa relación.

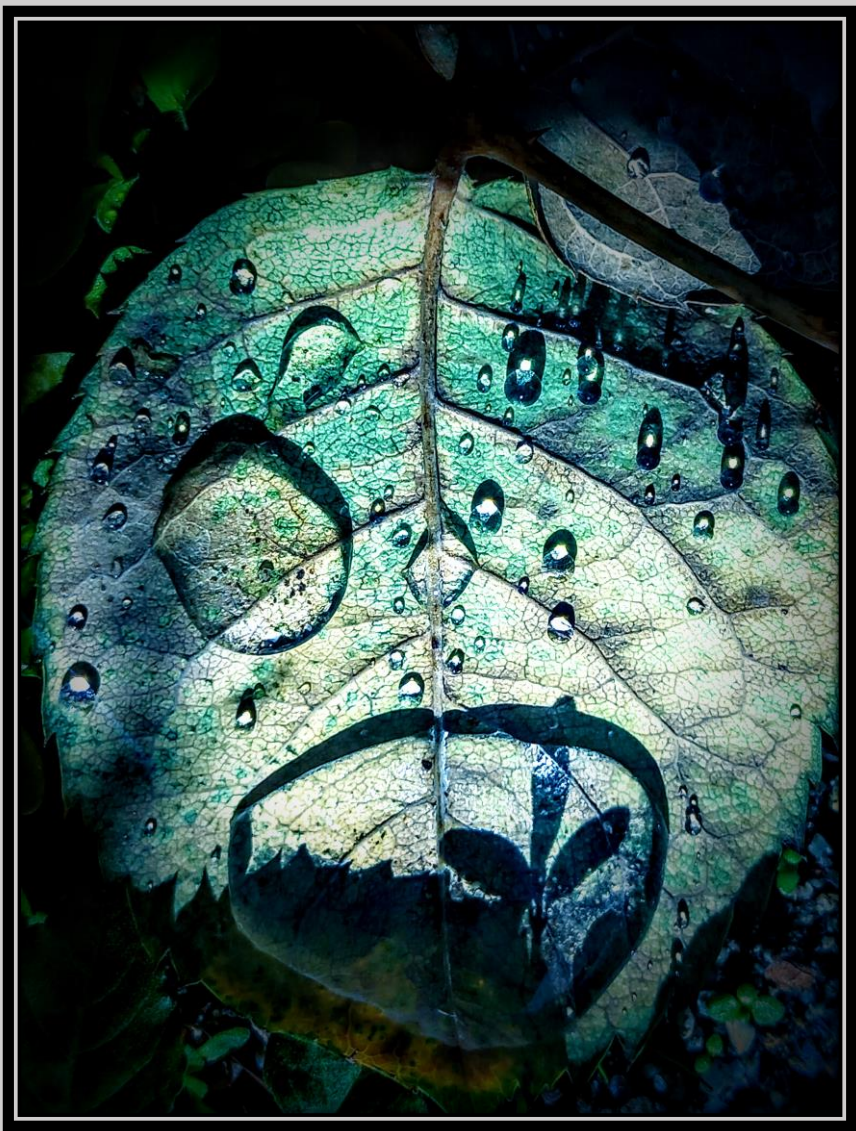
Cuando Consuelo decidió formar un hogar, la vida le dio un compañero bueno, comprensivo y manso de corazón. Pero cuando este cayó en las garras del alcoholismo, la convivencia se resquebrajó y la pareja se separó. A ella se le había agotado la paciencia y toda la ilusión la abandonó.

Interesada en cambiar de vida y conocer otros pueblos, optó por hacer un arriesgado viaje por la Cordillera de los

Andes, en donde su inmersión cultural no estuvo exenta de conflictos e incomprendiones. Capturada desnuda y exaltada en una reunión celebrada en una choza del Lago Titicaca, no supo explicarle a la Policía los fundamentos confusos de su ateísmo radical y sus ganas de declararse apátrida. La deportaron de ese país por predicar el amor libre, llevar marihuana en la mochila y postular la salvación del alma a través del amplio despliegue de la fantasía sexual.

Hoy, ingresada en un sanatorio para personas sin recursos económicos, nos ha explicado las razones que tuvo Jesucristo para pronunciar en el Sermón de la Montaña una cálida defensa de los pobres, las lesbianas, los gays y demás activistas del movimiento LGTB. Y un cura, amigo suyo, ha difundido la versión de que Consuelo Restrepo se propone ir por la vida abogando por la desaparición de las religiones institucionalizadas, para que en vez de estas impere en el mundo una ética

humanizada y laica basada únicamente en el uso de la razón.



4.- DOINA DEVÉSCOVICH PONGRI: nació medio intoxicada por la descomposición hormonal de la leche de su madre. Pero en los años posteriores a su infancia fue ascendiendo con dificultades por una senda escarpada y arisca de la vida, que le abrió algunas puertas de la felicidad. Realmente, tuvo mucha suerte, además de una notable fuerza interior. Ella jamás había gozado de la comodidad de una cuna, ni había recibido el estímulo suficiente de la caricia maternal.

Tampoco tuvo tiempo de jugar a las muñecas, ni a las canicas de cristal. Prácticamente, desde su edad temprana, dio un salto prodigioso a la adultez. Por eso no sentía miedo ante las complicaciones más escabrosas de su destino, que lo afrontaba con pundonor.

A los 14 años de edad se enamoró de un muchacho de 20, en la oscuridad de una sala de cine de barrio lleno de pulgas y olores nauseabundos, mientras en la pantalla Romy Schneider rompía corazones de los espectadores encarnando el papel

regio de Sisi Emperatriz. Desde entonces, y cumplida la mayoría de edad para hacer uso de su libertad plena, la Devéscovich permitía que algún admirador o admiradora la besara sin imposiciones, ni hipocresía, ni compromisos convencionales.

Doina le dio al mundo un par de hijos, a los cuales amó con un cariño instintivo, irreductible, tenaz, diríase que zoológico. Y cuando se fue de esta vida, dejó tras de sí un descatalogado olor a especias, un par de lágrimas de un beodo que la amaba sin condiciones, y un inquieto griterío de chiquillos gamberros que jugaban en medio de la calle por donde pasó el ataúd. En el cementerio, un hombre triste y de nombre desconocido hizo un recuento emotivo de los placeres y peripecias que tuvo en vida esta mujer fenomenal.

Eduardo Ruiz







Si queréis participar en los próximos números de esta publicación, enviad vuestros trabajos (dibujos, poemas, relatos cortos, etc.) a la siguiente dirección de correo:

tertuliam2020@gmail.com



Esta revista no está subvencionada por ningún organismo ni entidad ni se financia mediante publicidad